



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

«MADRE DEL REDENTOR, SOCORRE A TU PUEBLO»

«Al referirme a los orígenes de mi vocación sacerdotal, no puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la **Madre del Perpetuo Socorro** a la cual por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen»¹. Transcurridos 50 años de su ordenación sacerdotal, nuestro querido y recordado Juan Pablo II nos abrió la intimidad de su corazón en el libro *Don y Misterio*, del que he querido subrayar este recuerdo de su infancia. Hago mías sus palabras al hacer, también yo, balance de mis cincuenta años de sacerdocio. La devoción a la Madre de Dios, la Inmaculada del Seminario de Astorga, ha marcado también de modo imborrable mi vocación, y he podido palpar su cercanía y protección en el ejercicio del ministerio sacerdotal, y luego episcopal.

No es fruto del azar que la imagen de la Virgen Blanca, que preside el coro de la Catedral de Toledo, ocupe el centro de mi escudo episcopal. En el mismo, el lema «Cum Ipso» recuerda las palabras que el sacerdote pronuncia antes del padrenuestro: «Por Cristo, con Él (*cum ipso*) y en Él». Así se dirigía Jesús a sus discípulos en la memorable noche del Jueves Santo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Ésta es la certeza que se evidencia al volver la vista atrás: sin Cristo, nada bueno o provechoso puede lograrse en la vida; con

¹ JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, B.A.C., Madrid 1996, 42.

Cristo, todo es posible, la dificultad se transforma en camino fácil, la vacilación se convierte en luz y toda rutina se trueca en jornada ilusionante para trabajar de nuevo, día a día, en la viña del Señor. Dicho de otro modo, utilizando una expresión que tanto me impactó: «Cristo no merece la pena... ¡merece la vida!».

He podido comprobar, al mismo tiempo, que María es el camino más seguro para llegar hasta su Hijo, y permanecer con Él y en Él, con fidelidad perpetua. *A Cristo por María*. Es la conclusión a que llegó Juan Pablo II, cuyo pontificado estuvo presidido por un lema contundente y radical: *Totus tuus*, todo tuyo. «Estaba ya convencido de que María nos lleva a Cristo –escribe el Papa polaco–, pero en aquel período empecé a entender que también Cristo nos lleva a su Madre. Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María, considerando que éste, si se hace excesivo, acaba por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo. Me ayudó entonces el libro de San Luis María Grignion de Montfort titulado *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. En él encontré la respuesta a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo»². La Virgen logra acercarnos a Cristo, porque Ella es la mujer de nuestra raza que está más cerca de Dios. Quien está, pues, cerca de Cristo tampoco puede hallarse, necesariamente, lejos de su Madre: «María participa de esta cercanía de Dios. Al estar cerca de Dios y con Dios, María está cerca de cada uno de nosotros, conoce nuestro corazón, puede oír nuestras oraciones, puede ayudarnos con su bondad materna. Nos ha sido dada como “madre” –así lo dijo el Señor–, a la que podemos dirigirnos en cada momento. Ella nos escucha siempre, siempre está cerca de nosotros; y, siendo Madre del Hijo, participa del poder del Hijo, de su bondad. Podemos poner siempre toda nuestra vida en manos de esta Madre, que no está lejos de ninguno de nosotros»³.

² Ib., 43.

³ BENEDICTO XVI, *Homilía*, 15 de agosto de 2005.

Mil testimonio más

El pueblo creyente ha podido experimentar esta cercanía y protección de la Madre del cielo, siempre que ha acudido a Ella confiadamente. Razón: la Virgen María ha sido constituida «como madre y protectora del pueblo cristiano, para que, bajo su auxilio, participe valientemente en el combate de la fe, persevere con fidelidad en la enseñanza de los apóstoles y camine seguro entre las dificultades del mundo, hasta alcanzar gozoso la Jerusalén del cielo»⁴. María, en efecto, es Madre de todos los hombres. Aquí reside su grandeza. Cuando la declaramos patrona de una ciudad, de un pueblo o de una nación, no sólo lo hacemos para que Ella interceda por los creyentes ante su Hijo, sino para que su manto protector alcance igualmente a aquellos hermanos que no comparten todavía nuestra fe o se han alejado de la Iglesia Madre.

Que esta advocación mariana, Virgen del Perpetuo Socorro, tan fuertemente enraizada en los corazones almoradidenses, os ayude a descubrir en la Virgen, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, el signo más preclaro del amor gratuito de Dios Padre. Su rostro amoroso y lleno de misericordia se inclinó sobre María, ya antes de ser madre, cuando la quiso limpia de toda mancha. La bondad de Dios se adelanta siempre; Él es quien toma la iniciativa en la historia de salvación, que es, a la vez, historia personal, concreta e individual, e historia y vida colectiva, compartida, comunitaria. Santa María forma parte de la vida, de los anhelos y de las esperanzas de los hijos e hijas de Almoradí. Ella es una vecina más de vuestro pueblo. Vosotros la amáis y la honráis como la vecina más importante de la población. Por eso, hace 40 años, quisisteis que fuera vuestra Alcaldesa. Llevaba ya su imagen medio siglo con vosotros. Sabemos todos, sin embargo, que Ella estaba en Almoradí desde siempre en vuestros hogares, en vuestra parroquia, en vuestro corazón.

⁴ Prefacio de la Misa «La Virgen María, auxilio de los cristianos».

Su presencia es una llamada insistente a ser coherentes con nuestra fe, a ser santos como Ella, encarnando en la vida el Evangelio de su Hijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Y ser santos como Dios es santo, no es logro de nuestras capacidades, sino don de Dios; es fruto del Espíritu Santo, que habita en nuestros corazones. Caminar, pues, al encuentro del Dios tres veces santo es pisar las huellas que nos dejó María, es tratar de imitarla: «Ni la gracia del Redentor divino, ni la intercesión poderosa de su Madre y Madre nuestra espiritual, ni su excelsa santidad podrán conducirnos al puerto de salvación, si a ella no correspondiese nuestra perseverante voluntad de honrar a Cristo y a la Virgen santa con la devota imitación de sus sublimes virtudes», escribió el Papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Signum magnum* (nn. 14-15).

Recito con vosotros esta oración, hermosa a la par que sencilla, que el Papa Juan Pablo II dedicó a la Virgen del Perpetuo Socorro:

«Signo grandioso de nuestra esperanza, te invocamos.
Oh Virgen del Perpetuo Socorro, Madre Santa del Redentor,
socorre a tu pueblo, que anhela resurgir.
Da a todos el gozo de trabajar por la construcción del Reino
en consciente y activa solidaridad con los más pobres,
anunciando de modo nuevo y valiente el Evangelio de tu Hijo.
Él es fundamento y cima de toda convivencia humana,
que aspira a una paz verdadera, estable y justa.
Como el Niño Jesús,
que admiramos en este venerado Icono,
también nosotros queremos estrechar tu mano derecha.
A ti no te falta poder ni bondad para socorrernos
en las más diversas necesidades y circunstancias de la vida.
¡La hora actual es tu hora!
Ven, pues, en ayuda nuestra y sé para todos socorro,
refugio y esperanza. Amén».

Con mi bendición y saludo afectuoso y cordial, provechosa fiesta y que la Madre del Redentor socorra en todo momento a su pueblo.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante